del interès, mas que de la fee que le debia al huesped, convino en el ruin trato; y asi falso, y sentido, mandò al instante prender à Anibal, cercandole las casas, y tomandoles las salidas de la mina; que aunque oculta, tambien la descubriria la desgracia, ò interès. Aqui acabò de echar de vna vez el resto la fortuna, contra vn hombre de valor, y de tan altas prendas, como Anibal, viendose ya sin remedio, cercado todo de guardas, vendido de vn Rey su amigo. Què corazon puede hazerse al sufrimiento, à vista de vna traycion, y de vna fee rompida! Blasfemava de corage el Africano, contra el Rey aleve, rompiendo la sinrazon los fueros de la modestia, y aunque el aprieto, y la pesadumbre, apenas davan lugar para discursos, discurrio en no permitir, que agena mano triunfasse de su vida; y assi tomando vn vaso de veneno, dixo estas palabras: Ya que los Romanos, de temerosos, ù cobardes, no se atreven à esperar, que el caduco, y viejo estambre de la corta vida que me queda, se rinda al cuchillo de la inexorable parca, sino que por tantas vias, y por tan infames medios me anda buscando la muerte, quièro sacarlos yo mismo del miedo, y del sobresalto que les causo, à trueque que no logren el gusto de mi afrenta. Sabràn, que he muerto honrado, à manos de mi valor, mas no à filos de su espada. Diziendo esto, se echo la ponçoña à pechos, con que cayò difunto, el que fue assombro de Roma.

Hartos similes le hemos dado à Saul, en su desastrada muerte. Hombres grandes como èl se mataron à si proprios, por no morir afrentados à manos del enemigo. Estremo de la desdicha, que muera desesperado, quien se coronò de hazañas! escarmiento à los mortales, para no desvanecerse en sus vitorias; pues el mas ilustrado de trofeos, puede verse tragedia de si mismo. Quien gustare de mas exemplos de estos, vea en Seneca à Caton el de Vtica, atravesado con su puñal, ò en Plutarco à Marco Antonio, passado con su espada, ò en Veleyo à Bruto, y Casio, muertos de la misma suerte, y hasta Porcia, muger de Bruto, è hija de Caton, comiendose las brasas, quiso imitar al padre, y al marido. Pero no imite nadie estos desgarros, por mas que la fortuna le apriete los cordeles, que aunque parecen valentias del valor, son gen-

gentiles valentias, y agenas de hombres Christianos. Si la suerte fuere adversa, perezcase en la liza, muerase en la batalla, imitando al Macabeo; mas no se imite à Saul, que es morir desesperado.

CAPITULO XIV.

EN QUE SE DECLARA CON VN notable exemplo el mal fin que acarrea perseguir los Sacerdotes.

AUnque en la Primera Parte, sobre aquella tragedia lastimosa de la Ciudad de Nobè, apuntè algunos exemplos, de lo mal que acabaron Principes, y Reyes, que olvidados de sus obligaciones, pusieron manos en los Ministros de Dios (y alli podrà repassarlos el curioso, para tomar escarmientos) con todo, como me anticipè entonces; pues sin llegar el caso de la muerte de Saul, previne ya la desgracia: aora q̃ le vemos en vn monte agonizando, echado sobre su espada, quiero lograr el assumpto; pues sus bascas, y agonias me estàn vozeando à ello. O, el Cielo permita, q̃ quiẽ leyere, ò mirare esta tragedia, repare en lo que le toca, ò à quien le toca, lo advierta! Passado de parte à parte, sobre su estoque mismo, y rebolcado en su sangre, se mira Saul, hecho todo à la congoja, y deseando, que la muerte le acabe ya la vida. Desencajados los ojos los derrama à todas partes, por si vè algũ soldado de los suyos, à quien pedir alivio. Divisò à vn Amalecita, y cõ los braços abiertos, suplicando cõ las señas, lo que le falta à la voz, le llama que se acerque. Llegase el Soldado à èl, temeroso quãdo triste, y escucha que le dize: Amigo, acaba de ahogarme, põte de pies sobre mi, y dame la muerte aprisa, porque padezco mil muertes, con las angustias mortales que padezco. Congojas, y agonias me estàn assustando el alma, representaciones tristes me atormentan, visiones espantosas me martirizan: acaba, pues, de matarme, porque acabe tanta pena. Dize aqui el Abulense, que se le representò à Saul

Abul. 2. Reg. q. 5. en cap. 1.

en este lance aquella cruel carniceria que hizo de los Sacerdotes. Veria à Achimelech, vestido de Pontifical, cosido à puñaladas, y empapadas en sangre las sagradas vestiduras, clamando à Dios por vengança; porque Dios es el que venga semejantes desacatos. Veria à los demàs Ministros deshechos à heridas, y entre sacrilegas manos, despidiendo los vltimos alientos. Veria à los verdugos en sangre Sacerdotal, embueltos, manchados, tintos: y aunque el Privado Doech, causa quizà de todo, basqueava à su lado con las mesmas angustias: tambien le veria mudado de valido, en carnizero cruel de la tragedia. Desuerte, que el delito cometido contra el Sacerdocio, serà el mayor fiscal delante de Dios à la hora de la muerte, causando su representacion mas aflicciones, y angustias, que la muerte misma: y esto se conocerà en tener fin desastrado, por mas Principe que sea, el que sacrilegamente huviere delinquido. Ya traxe por exemplo en la Primera Parte, Monarcas Españoles, Reyes de Castilla, y de Aragon. Sirvanos, pues, aora vn Monarca Francès, que acompañe à Saul con triste exemplo.

Reynava en Francia Felipe, à quien sus gracias naturales dieron renombre de Hermoso; hermosura infeliz, quando desatenciones del sugeto la malogran! Governava la Silla Romana Bonifacio Octavo, vna de las muyores cabeças, que ha tenido la Iglesia; y que sobre guardar la inmunidad, no respetava coronas. Encontraronse, pues, estos dos Principes, sobre aver preso el Rey al Obispo de Apamea, y llegaron las desazones à tal punto, que el Papa descomulgò à Felipe, y le privò del Reyno. Despachò para esto sus Bulas, y fuesselas à notificar el Arcediano de Narbona; pero quitandoselas de las manos, se las rompieron, y à èl le echaron de Paris. Luego el Rey, arrebatado de enojo, mandò juntar Concilio de Eclesiasticos, y Principes seglares, donde apelò de las censuras, y acusò al Pontifice de herege, y homicida, y crimenes semejantes, alegando, que devia ser depuesto del Pontificado: favorecia assimismo à los Cardenales Colonas, enemigos del Papa, con cuya ayuda procurava destruirle. No se dormia Bonifacio, pues con armas, y censuras guerreava al Francès con todo esfuerço, ayudado del Emperador Alberto. Desuerte, que el Pontifice, valido de sus muchas letras se

Autores desta historia. S. Antonin 3. p. tit. 20. c. 8. & 9. & ti. 21. c. 1. Emilius li. 8. & Chronicon Emilij Mayerus l. 11. Analium Papirus in Bonifatio Octavo, & in Clemete V. Villaneus, lib. 8. historia Mariana in Histor. Hisp. 1. part. lib. 15. cap. 6.

se aclamava señor de lo temporal, como de lo espiritual, alegando aquellos dos cuchillos del Evangelio: *Ecce gladij duo hic*; y assi se mostrò vn dia al pueblo armado, como Emperador, llevandole delante el estoque desnudo, y como por este derecho puede el Pontifice dar los Reynos, y quitarlos, assi por inobediente privava à Felipe de la Corona. Felipe por el contrario alegava contra el Papa ser cismatico, y procurava quitarle la Tiara. Gran tempestad de discordias, y ocasion de muchas riñas!

Llegò à tanto la enemistad entre estas dos cabeças, que el Rey mal aconsejado del Cardenal Colona, y otros parciales hizo hazer gente en Toscana con todo secreto, aviendo solicitado à fuerça de dineros (que esto es quien todo lo vence) à Munciano, Cavallero Florentin, y validose tambien del Conde de Tolosa, llamado Nogaresto; esto con intencion de ir à la Ciudad de Anania, ò Anagni, donde el Papa residia, como natural de alli, y prenderle. Era el mullidor destas tramas el Cardenal Sarra Colona, que con su mucha maña, no solo llegò soldados bastantes de los que vageavan por la Provincia, sino que atraxo à su intento muchos de los Ciudadanos de Anagni, en especial los que eran Gibelinos, dando opuesto à los Pontifices en contra de los Guelfos. Mediando, pues, el soborno con la diligencia, se reduxeron à traydores algunos, que à fuer de Nobles, debieran ser mas leales. Con esta negociacion metieron secretamente en la Ciudad muy gran tropa de soldados, cavallos, y infanteria; y vna mañana al rayar la luz, començaron à discurrir por calles, y plaças, gritando todos con estruendo, y vozeria: *Muera el Papa Bonifacio, y viva Felipe Rey de Francia.*

Oìdos los clamores en el Palacio Sacro, y conocida la causa, turbados, y confusos se hizieron todos al miedo, procurando cada vno escaparse del peligro. Hasta los Cardenales, y vnos por vna parte, otros por otra, se pusieron en huida. Solo el Cardenal de España, llamado Pedro Hispani, y à su imitacion el de Ostia, quedaron con el Pontifice, que nombre de Español avia de tener quien se mostrasse leal, y hiziesse rostro à los riesgos. Era el Papa Bonifacio hombre animosissimo, y assi lo mostrò en el hecho, pues aunque la pesadumbre pudiera desatinarle, y la colera aturdirle, se estuvo muy

sossegado, muy entero, muy brioso, aguardando el fin de quella demasia. Hizo que le vistiessen sus Pontificales adornos; sentòse en su sacro trono, y aunque se juzgava por muerto, quiso como otro Achimelech, que le hallassen las espadas en el trage mas decente. Muera yo, dixo el grande Bonifacio; mas muera como Pontifice, y sepa el mundo, que como Christo fue por traicion entregado à los Judios; assi yo, por la traicion de mis naturales, soy entregado tambien à los Franceses. Entrò, pues, por el Palacio el desenfrenado esquadron, siendo los caudillos Sarra Colona, y Nogareto, y diziendole al Pontifice mil palabras afrentosas, le amenazaron con los azeros desnudos, y dixeron, que preso, y maniatado le avian de llevar à Francia, donde avia de ser depuesto del Pontificado. Sin mostrar temor, respondiò Bonifacio à Nogareto, que no se espantaria de llevar, y padecer aquellos desacatos, quando el Santo Pontifice Silverio avia ya padecido vltrages semejantes; pero que se consolava, que no le tocava nada de Paterino. Aturdiò con esta palabra al Conde Nogareto, cuyo abuelo fue Raymundo Paterino, que avia sido quemado por herege. Tal era el animo, tal el coraçon de Bonifacio; pues con estàr en tal lance vsò de su condicion. Mas no ay que espantar desto, porque sinrazones sacan de si al mas paciente, haziendole que vomite pesadumbres.

Paulo Jovio.

Pasmado Nogareto, no se atreviò à echar mano del Pontifice, y al tanto los demàs refrenaron los impulsos; pero pusieronle preso con buena guarda, y tuvieronle assi por espacio de tres dias, en los quales le saquearon la casa, y robaron los tesoros. Ay quien dize, que preso desta suerte le llevaron à Roma. Otros afirman, que arrepentidos los Ciudadanos de la traicion, y de aver dado entrada à aquellas demasias, se pusieron en armas, y dieron tras los traydores, hasta que los echaron de la Ciudad, y dexaron libre el Papa, que se partiò luego à Roma: mas sea de vna, ù otra manera, èl saliò de Anagni tan apesadumbrado, y lleno de sentimiento, como puede pensarse. Por vna parte sentia el desafuero de los conjurados, por otra la ingratitud de los naturales; cada cosa destas avivavan el tormento, y ambas juntas aumentavan el dolor, porque en quien sabe sentir, pesan mucho los agravios;

vios; y assi para casos como estos son buenos los tontos, que no se mueren de pena. Era Bonifacio muy entendido, cabò mucho en la materia, y se abreviò la vida; que aunque vn coraçon sea grande, ancho el pecho, mucho el animo, qual era el deste Pontifice, se sugeta à la carga, y cae rendido, quando vn ingenio delicado mensura, y pondera lo grande de vn sentimiento. Desuerte, que aunque la discrecion suele ayudar à sufrir, tambien ayuda à matar, que si ay trabajos que pueden sufrirse, ay desafueros que no pueden tolerarse. Abochornado, pues, con sus mismos argumentos, y concluido con sus proprios sylogismos, hecho todo pesadumbre, todo pena, todo enojo, muriò el Papa Bonifacio en Roma à los treinta y cinco dias de su prision. Abreviòse en vn sepulcro, quien no cabia en el mundo, y sepultaronse alli todas las esperanças del despique. Muy honroso fue su entierro, magnifico el aparato, grandes las exequias. Vamos à vèr aora del modo que venga Dios los desacatos, y afrentas, de quien es Vicario suyo.

En lo primero, la Ciudad de Anagni, patria del Pontifice, y en donde fue la prision, como quien anduvo ingrata, y alevosa, se ha ido disminuyendo, y apocando desde entonces, de tal suerte, que la que blasonò de populosa, se halla oy con muy pocos vezinos, la que ostentava grandezas, oy apenas tiene casas, destruidos sus palacios, deshechos sus edificios, y hecha vna cuytada aldea. Castigo justo de la maldad, pues se hizo prision, y carcel, la que avia de ser aprisco de su Pastor, y dueño, ni es razon que quede para Ciudad, la que fue alevosa à vn hijo, y desleal à vn Papa.

Por la posta despacharon nueva de la prision del Papa los conjurados al Rey Felipe de Francia, porque gozasse anticipada la alegria. Que le causò gran placer, no admite duda, quando para ello avian ayudado su poder, y diligencias. Crecieron los alboroços con las segundas nuevas de la muerte, si bien aun no quedava saciado de vengança el coraçon del Rey, que quisiera verle afrentado antes de muerto, y assi passò su rencor à mas de por vida. Los pechos Christianos, y piadosos, sintieron, como era justo, la prision, y muerte del Pontifice, en especial el Obispo de Moria, que viendo los jubilos, y placeres de Palacio, dixo lastimado: Que bien podria

el Rey gozar al presente de aquella alegria, mas que el castigo de Dios le estava amenaçado. Presto lo veremos. Por muerte de Bonifacio, fue electo el Papa Benedicto Vndezimo, el qual absolviò al Francès de la excomunion, respecto de aver alegado, que èl no intervino en la prision del Papa. Y como la Iglesia no jurga de las intenciones, que esso se reserva à Dios, y al Sacramento de la Penitencia, no pudo negarsele al Rey la absolucion de las censuras, en que por las otras causas estava incurso. Quitòse tambien el entredicho, que estava impuesto en todo el Reyno. Pero à los sacrilegos Sarra Colona, y el Conde Nogareto, y à todos los alevosos de la Ciudad de Anagni, mandòlos comparecer en su presencia: Ellos viendo que su delito no merecia menor castigo, que vna afrentosa muerte, temieron el lance, y huyeron todos. En rebeldia los condenaron por traydores, y sacrilegos, y los publicaron por descomulgados. Con harta soga al cuello los arrastrava su fuga.

Muriò Benedicto, y dividiòse el Sacro Colegio en dos parcialidades, vna arrastrava à los Italianos, cuyas cabeças eran Mateo de Vrsino, y Francisco de Guatanis; y otra era por los Franceses, siendo los valedores Nicolao de Piato, y Napolion de Vrsino. Treze meses duraron las contiendas, sin poder conformarse, hasta que Prato, y Guatanis dieron vn corte, la vna parte de Cardenales, nombrasse tres personas, y la otra eligiesse de aquellas tres, à quiea gustasse. Guatanis con los suyos, nombraron tres Arçobispos, enemigos todos tres del Rey de Francia. El Pratense, que era astuto, y mañoso, dixo à los suyos, que no desmayassen, porque èl haria de suerte, que el electo de los tres viniesse à quedar amigo del Rey de Francia, y assi les hizo nombrassen à Bertrando, Arçobispo de Burdeos. Era condicion puesta con cautela, que avian de passar quarenta dias en la determinacion, de la qual de los tres avia de quedar electo. Y aunque avia salido la voz por el de Burdeos, podiase baraxar dentro del termino assignado: todo traza del Pratense, que escriviò al instante al Rey de Francia todo lo que estava dispuesto; y que assi procurasse reconciliarse con el electo, y capitular con èl las condiciones que quisiesse, ofreciendole la Tiara, si viniesse en darle gusto. Estimò el Rey infinito aquel aviso, y con todo cuydado se fue à ver con el de Burdeos à vna Abadia, donde embiò à llamarle. Primeramente se juramentaron que avia de estar secreto lo que alli tratassen. Juraronlo los dos con grandes sacramentos, y el Rey le dixo entonces, que estava en su mano hazerle Sumo Pontifice (poniendole delante del trato, y firmas de los Cardenales) que si gustava de serlo, èl era poderoso para hazer que le eligiessen; pero que avia de concederle algunas cosas, que queria pedirle. El em[illegible] era tal, que quedandose el Arçobispo enagenado de [illegible] con el mucho gozo, respondiò al Rey, que desde luego mandasse, y demandasse quanto fuera servido. Quando viò el Rey tan suyo al Arçobispo, le echò al cuello los braços, y le dò paz en el rostro, y declarole algunas cosas, que avia de hazer por èl en siendo Papa. Ajustados sus tratos, y conciertos, despachò el Rey à los Cardenales sus amigos, de que con seguridad podian elegir al de Burdeos. No se despegaron los Cardenales Italianos de la eleccion, como ignoravan la zalagarda, que entre el Rey, y el Pratense estava vrdida; y sabiendo que era el Arçobispo enemigo declarado de Felipe. Eligieronle en fin, y despacharon sus Embaxadores à Burdeos. Aceptò el Arçobispo el nombramiento, y mandòse llamar Clemente Quinto: y luego despachò letras para que los Cardenales passassen à Leon de Francia, donde querria coronarse. Aqui conocieron ya los Italianos, que era Francès el Pontifice, quedandose desabridos, y dandose por burlados.

Hizose la coronacion de Clemente Quinto à onze de Noviembre del año de 1306. Hallaronse grandes Principes en ella; como fueron Felipe el Hermoso, Rey de Francia, Don Jayme, Rey de Aragon, Eduardo Rey de Inglaterra, Carlos Conde Valois, y otros señores sin cuenta. Fue tanto el gentio que cargò sobre Leon, que los exidos, y campos sirvieron de arrabales. Perecieron muchos, ahogados de la apretura, y aun al mismo Rey de Francia le corriò peligro, porque vna casa entera, cascada al parecer, à fuer de dias, por no poder sufrir el peso de la gente, vino al suelo, y cogiò debaxo à muchos, y entre ellos à Juan, Duque de Bretaña. Cayò tambien el Papa del palafren en que iva, y perdiòsele de la Tiara

ra vna piedra de muchissimo valor. Todos agueros tristes que anublaron tanta fiesta.

Luego de contado quiso el nuevo Pontifice mostrarse agradecido al Rey de Francia, y assi no solo le absolviò de la censura, y le reconciliò con la Iglesia, sino que le concediò los diezmos por cinco años, y restituyò los Capelos à los Colonas, y criò doze Cardenales Franceses. Pero aun no contento el Rey con estas mercedes, quando le pareciò tiempo oportuno [illegible] fue hallarse con el Pontifice en su tierra, y en vna de sus Ciudades, y acompañado de sus tres hijos, y hermanos) dixo, que le otorgasse vna peticion, que avia dexado reservada hasta aquel punto. Respondiòle el Pontifice, que pidiesse lo que fuera servido, que siendo cosa factible, no se la negaria. Entonces le dixo el Rey: Que se sirviesse de quitar, y borrar de la memoria, y Catalogo de los Papas, el nombre de Bonifacio Octavo, y le quemasse los huessos por herege, lo qual le probaria. Miren hasta donde se estendiò el rencor deste Rey con vn Pontifice muerto, quizà por su causa, pues le matò à pesadumbres. A la vida de la honra le tirò tambien de muerte. Desapiadada vengança! Muy confuso se hallò el Papa de oir tal pedimento; y como le avia jurado hazer quanto le pidiesse, se hallò con mayor embarazo. Negarlo lo hallava riesgos de su vida, por estar en tierra del Rey, que lo demandava poderoso, y le pedia la palabra soberano à concederlo lo mirava peligros de la conciencia, que fiscal contra si mismo le amenazava castigos. De negar temia algun desacato, y de conceder temia la pena eterna. Aconsejandose, pues, con el Cardenal Prato, por cuya mañas avia subido à la Silla, le diò por respuesta al Rey, que para cosa tan grave era necessario que se juntasse Concilio, y que alli se verian mas desapassionadamente sus acusaciones, y le cumpliria de justicia. Esta fue la salida que tuvo en tal aprieto, y el Rey por no poder mas, passò por ello.

Sucediò entonces tambien, que, ò mal informado el Rey, ò llevado de la codicia, acusò à los Templarios, que ya se sabe eran Religiosos Militares, que vsavan de manto blanco, y Cruz colorada, al modo, y hechura de la de Caravaca, y gozavan del privilegio Clerical, rezando por cuentas. Los crimines de

de que los acusaron, fueron de heregia, y sodomia. Confessaronlo algunos, otros se retrataron. Prendieronlos en Francia à todos en vn dia, y condenòlos el Pontifice, despues de vista la causa, privandolos de sus rentas. Todo lo mueble se llevò el Rey, y las propiedades se aplicaron à los Cavalleros de San Juan. Hizose vn general castigo por toda la Christiandad, no obstante que en Salamanca, en vn Concilio Provincial se dieron por libres de toda culpa los Templarios Españoles, y lo mesmo en otras partes. En fin, por complacer al Rey de Francia se fulminò sentencia contra todos, dando por extinguida, y anulada toda aquella Religion.

Vease Pineda, 3. p. lib. 22. cap. 11. Mariana declara los Prelados que se hallaron en aquel Concilio, 1. p. lib. 15. cap. 10.

De alli à poco tiempo muriò el Pontifice lleno de melancolia, y de tristeza; y algunos dizen, que muriò emplazado. Y en el año mismo muriò Felipe, Rey de Francia, vna muerte harto lastimosa, que esto es lo que nos trae à traerle por exemplo. Saliò, pues, vn dia à caça, y andando vagueando, y discurriendo por el monte, cuyos breñales espesos le hazian horrible, y temeroso, azotado vn jabali de los monteros, le espantò el cavallo, y arrojandole de la silla, presa al parecer la espuela del estrivo, le arrastrò por la maleza, con que cubierto de heridas, y medio despedazado, rindiò de la vida los vltimos alientos. Que sirviò tanta grandeza! tanta Magestad! tanto poderio! pues entre angustias mortales, y en vn monte se mira abreviado todo. Quien duda, que como à Saul, se le representarian los desacatos, y injurias hechas contra vn Sacerdote supremo, contra vn Pontifice Romano, y Vice-Dios en la tierra. Quien duda que tantos Cavalleros Religiosos, muertos por su causa, y muchos inocentes no estarian implorando à la divina justicia, quando sangre inocente derramada, sabe dar vozes al Cielo?

Tanto me parece que siente Dios ofensas hechas al Sacerdocio, y à la Religion, que hasta en los hijos de quien las comete, estiende sus castigos; bien assi como en Saul, pues no solo el acabò mal en vn monte, sino que sus hijos todos perecieron desastrados, y algunos puestos en cruzes. Tambien Felipe el Hermoso, Rey de Francia, no solo por la maleza arrastrado del cavallo, rubrica con su sangre la pena de su maldad, sino que todos sus hijos mueren cubiertos de afrentas,

tas,por lo que ayudaron,ù asintieron al delito. Luis Hurtino, Carlos,y Felipe fueron hijos deste Rey. Casò el primero con Margarita, hija del Duque de Borgoña, y hallada en adulterio,la matò el marido.Carlos se casò con Blanca,hija del Conde Oton,y Felipe con Juana,hetmana suya,y ambas dieron tan mala cuenta de su honestidad, que fueron acusadas por adulteras. Margarita, y Blanca,hijas tambien del Rey Felipe,y Religiosas en vn Monasterio, llamado de la Mala zarça, tuvieron sus tratos ilicitos con dos Cavalleros, que les costò la vida. Hijos,y hijas de Felipe todos fueron infamados. No ay que blasonar de Rey, de Principe,de Monarca,porque en perdiendo el respeto al Sacerdocio, verà manchados sus timbres, desdorados sus trofeos, muertas sus grandezas, afrentados sus hijos. Si Saul es poco exemplo para avisar à los Reyes, mirense en vn Rey de Francia, hecho lastimoso exemplo.

CAPITULO XV.

EN QUE SE PONEN EXEMPLOS de Privados tiranos, y chismosos, y de los males que causan à los Reyes, y à los Reynos, y lo mal que acaban siempre.

Proemio, y advertencia à este Capitulo.

ANtes de embarcarnos en esta materia de privança, serà bien que hagamos dos advertencias, para que ni los escrupulosos se embaracen, ni los maldicientes satirizen. Sea la primera,que tener vn Rey Privado,no solo es conveniencia, y à vezes necessidad, sino vna razon politica, aprendida del mayor Rey de los Reyes. Christo Señor del mundo, hijo de nuestro David, segun la sangre; y por tanto,Rey propietario, y legitimo de Jerusalen, como probè al principio. En quantas acciones,y palabras hizo, y hablò Christo,fue siempre dar en-

enseñança à todo genero de personas, de alta,ò baxa esfera. En el regimen,pues,de su familia, y casa, nos consta evidentemente, que tuvo sus privados, y validos, y no todos para todos, sino para lo comun escogiò en la muchedumbre à doze de los que eran como Grandes de su lado, de su boca, y de su mesa. Destos para cosas grandes, y particulares eligiò tres mas Privados, que fueron Pedro, Juan, y Diego, con ellos comunicava las cosas de mayor gusto, y de mayor tristeza, como fueron las glorias del Tabor, y las congojas del Huerto: que hasta vn pecho de vn Rey Dios, por estàr vestido de humano, parece que ha menester amigos mas del alma con quien celebrar sus grandezas, ò con quien sentir sus dolores. Destos tres, y de entre todos para lo profundo, y mas secreto escogiò à Juan por valido. A este le entregò las llaves del alma, pues le fiò à su soberana Madre, le tuvo à su lado, le recostò en su pecho, y le revelò divinidades. Y èl como buen Privado, sin miedo de peligros, assistiò siempre à su Rey, hasta la hora de su muerte, siendo la cama la Cruz. En la dedicatoria §. 1.

Supuesto, pues, que Christo,Rey vniversal, observò esta politica; porque qualquier Rey Christiano, y Catolico, no ha de tener sus Privados con quien conversar sus cosas? con quien aliviar sus cargas? con quien entretenerse? alegrarse? y divertirse? No son las materias de los Reyes para tratarlas con todos. Para lo general ha de aver sus Consegeros, para las cosas de Estado, pocos, y escogidos; pero para lo mayor, para lo grande, para lo secreto, para la confiança, para el desahogo ha de ser vno el Privado. Assi se han portado nuestros Monarcas de España, los Reyes de Castilla, las Columas de la Fè, teniendo al modo que Christo, amigos, y privados; vnos de lo por menor,y otros de la boca.

La segunda advertencia es,que los Privados de los Monarcas de España,en especial desde que Don Alvaro de Luna diò escarmientos, se han portado con sus Reyes tan atentos, tan medidos,tan leales, tan vassallos,y tan subordinados à su voluntad,que no han excedido las reglas del valimiento. Han sido,y son Privados al modo de los de Christo,para hazer lado à sus Reyes, para celebrar sus dichas,para aliviarles sus penas,